

LOS ÚLTIMOS SECADORES POR TIERRAS DE ALMERÍA

Diego Calera Morales

Mi abuelo materno poseía muchas tierras en los términos de Sorbas y Carboneras situadas o focalizadas en la pedanía de Gafares distante unos veinte kilómetros de Carboneras y su mar.

Corría el año 1.940, mi abuelo divisaba sus tierras desde una colina subido a su caballo del color de la tierra, marrón, mi abuelo se llamaba Francisco Morales y su caballo Vendaval pues corría como el viento. Pasaba mi abuelo por sus tierras a punto ya para la siega, cuando se encontró con Pascual, su capataz, al que dijo: ¿Está todo preparado? Todo está listo y preparado, como usted mandó, Don Francisco. Están las estancias limpias y ordenadas, mi mujer, Ofelia, está ahora terminando la limpieza de las habitaciones para albergar a toda la cuadrilla que venga. Estaban por venir los segadores de diversos puntos de Andalucía y de las provincias limítrofes pues tenían por costumbre, los segadores, el tener una vida itinerante y nómada por las diversas tierras de cultivo del cereal, que solía ser de cebada o trigo, listo para la cosecha. Don Francisco contestole a Pascual: Muy bien, te encomiendo que no les falte nada en su estancia entre nosotros.

Y tras todo esto regresó mi abuelo a su cortijo, dejó el caballo en su cuadra, y se adentró en su vivienda, y lo primero que dijo fue: María están ya las migas, la vuelta por la hacienda o tierras me han abierto el apetito, calienta el sol en este día tan claro, y vengo sudado, me voy a quitar el sudor y refrescarme un poco, mientras me sirves las migas, te has equivocado marido, hoy hay gachas. Bueno, con ganas las comeré en cuanto pongas la mesa. ¿Está ya mejor, Juanico? Pues sí, está más espabilado pero sigue desganado, aunque ya no le duele la tripita. Juan era el pequeño de la amplia familia, tan amplia como el cortijo que habitaban y que la componían: Mi abuelo Francisco y mi abuela María Ruiz con sus cinco hijos, habían sido seis, pero mi tío Agustín se lo llevo la

Guerra Civil Española, como un combatiente más en el frente de Lérida en una batida o ráfaga de la aviación enemiga. ¡Ay! Aquella guerra del treinta y seis que dejó tantas familias desmembradas y con la pena para toda la vida o de por vida. De aquellos seis hermanos, quedaron cinco afrontando una dura Posguerra con sus padres. Las dos hermanas mayores, María y Josefa, a las que seguía mi tío Francisco y los dos más pequeños, mi madre Ana nacida el 5 de Agosto de 1.925 y el pequeño Juan. En aquellos años también estaban en el hogar los padres de mi abuela.

Dijo entonces mi abuelo, venid hijos, vamos todos a comer esas gachas que están diciendo, cómeme.

Amaneció un nuevo día, con la salida del sol, levantose Francisco Morales y su mujer María, tras un importante desayuno, empezaba una nueva jornada de trabajo, de sol a sol como se hacía entonces desde tiempos remotos. Ese día empezaban a venir los segadores, los últimos segadores que segaban de la manera tradicional al corte de la hoz en una mano mientras sujetaban las espigas con la otra. No hace falta decir que, se empezaba a implantar el tractor, entonces no se sabía si llamarles tractor o trastos, mas todavía habría segadores manuales durante toda la década de los cuarenta y parte de los cincuenta, mientras no se modernizase el tractor.

Y fueron llegando los citados segadores, en número de seis en la primera cuadrilla que venían de la Andalucía Bética, y por la tarde llegó la segunda cuadrilla en número de cinco que venían de La Mancha, de la vecina Albacete, y se reunieron once segadores para emprender la importante cosecha de trigo. Y por no faltar a la costumbre, venían cantando, qué buen lugar para que estos obreros desarrollasen su folklore; campos de Andalucía, cuna del flamenco y del cante hondo. Entre canción y canción se les hacía más fácil el camino a estos trabajadores nómadas por la geografía española.

Pascual, el capataz los iba alojando conforme llegaban en unas construcciones anejas al cortijo. Y Francisco les dio la bienvenida, espero que aquí estéis a gusto y procuraré que no os falte nada, y todo problema o falta que tengáis, comunicármelo, que Pascual el capataz y yo estamos aquí para servirlos. Espero que tengáis una feliz estancia entre nosotros y nada mejor para veros contentos que escucharos cantar al ritmo de una seguidilla o taranta, lo que sea, que yo soy amigo de todo arte y de todo lo que lleve poesía.

Al empezar el nuevo día se levantan todos los de la hacienda pues el trabajo es de sol a sol y como es costumbre entre las cuadrillas se retan en una competición a ver cuál es la cuadrilla que consigue sacar mayor producción de las dos, eso hacen mientras terminan de desayunar, y una vez se ponen manos a la faena de manera diligente, hasta el mediodía en que descansan para comer las migas que les trae mi madre Ana que por aquel año 1.940 aun no había cumplido los quince años, los cumplía en Agosto, y estábamos en Junio, el mes en que se doran las espigas.

Al mediodía llegaba el patrón a casa y pregunta a su mujer, hay hoy migas, hay, responde la mujer, pues a comer, las migas estaban acompañadas de sardinas que traían del cercano pueblo de pescadores que, era entonces Carboneras, de aquí también traían el pan, cuando no se había amasado suficiente en el rustico y artesanal horno que poseía el hogar de los Morales. Las migas era la comida preferida de Don Francisco, y si estaban acompañadas del puchero o guisado típico de Almería, mejor, y era el deleite cuando iban acompañadas de chumbos cuando era la temporada del fruto de las chumberas, abundantes en Almería, que crecían por doquiera, y no necesitaban ser plantadas, tan sólo se recolectaba su fruto, sin necesidad de otra cosa, que limpiarlos de los muchos pinchos que tenían. Labor a la que estaban acostumbrados los almerienses.

Y habiendo comido Don Francisco, acompañado de toda su familia, se disponía a volver a la era, pero antes dijo a sus hijos: Por la noche tengo que hablar con todos vosotros. Los hijos asintieron todos, pues le respetaban y obedecían a la par que lo querían como todo un padrazo; y no sólo era buen padre, también era el mejor patrón, eso lo sabían bien las cuadrillas que acudían a cosechar sus extensos campos, él tenía la fama, y a fe que los mejores segadores llegaban a sus tierras atraídos como por un imán que él les significaba.

Y tras una jornada de intensa faena se retiraron todos hacía sus estancias. Los segadores todos aglutinados alrededor de la larguísima mesa donde ya tenían puesta la cena que consistía en el clásico guisado, el pan y buen vino también elaborado en la hacienda donde había unas cuantas vides que cuidaba el hijo mayor, Francisco Morales Ruiz.

Y tras la sabrosa cena, acompañada, como no, de los sabrosos chumbos, todo degustado en la mesa que diríase que semejaba la Santa y Última Cena, en la que por costumbre arraigada bendecían el pan y el vino y demás viandas, como hombres rudos pero de bien, el buen ambiente que se encontraban acompañaba a ello. Tras la cena improvisaron una breve tertulia, antes de retirarse a dormir en sus cómodos jergones de lana, que faenando de sol a sol pronto vendría la mañana. Otro día de intenso trabajo, agotador, pero precisamente por eso acogían a gusto tan merecido y reparador descanso. Mañana será de día como acostumbraba decir mi abuelo.

Mientras cenaba mi abuelo el guisado acompañado de pescado, a la mesa con sus hijos, su mujer y los padres de ésta, hablaba con sus hijos, sobre el reparto de las faenas, a las dos hijas mayores, María y Josefa, aunque ya lo hacían, les encomendó ayudar a mi abuela en las faenas del hogar; mi madre era muy jovencita y aparte de llevar la comida a los jornaleros, iba aprendiendo las faenas propias de la casa; y al hijo mayor,

aunque conocía éste sus quehaceres, encomendó el cuidado de las viñas y huerta que tenían aparte de ayudarle en las cuadras a cuidar de sus dos caballos y cuatro mulos necesarios para arar y trillar en las eras. Y tras todo lo dicho, dijo el patriarca de la casa, vámonos todos a dormir pero antes os recuerdo que el pequeño Juanico es el rey de la casa y precisa el cuidado de todos. Asintieron todos. En eso estaban todos de acuerdo.

Por la mañana se levantaron temprano todos los de la casa, pues todos tenían su faena, todos, menos el pequeño Juan. Desayunaron todos a la mesa, leche de cabra de la media docena que tenían y que cuidaban un poco entre todos. Tras la leche, un poco de queso y un poco de embutido casero y artesanal; alzó la voz mi abuelo, creo que ya sabéis todos lo que tenéis que hacer, a lo que respondieron todos al unísono: Sí, padre.

A lo que el padre respondió:

Pues vamos prestos a la faena
que ya tenemos la barriga llena.

Y el trabajo nos espera en la era y huerto.

Y que mucho es creo cierto.

Que en la tarde cayendo
todos cansados pero alegres iremos volviendo
al calor del hogar acogedor
pues no hay otro mejor.

Tales arranques poéticos solía tener mi abuelo con su parentela, trabajadores y vecinos solía hablar en verso cual Román Paladino.

Cogió entonces mi abuelo su caballo vendaval y corrió como el viento a la era, que ya era otra pues los segadores habían adelantado la faena y habían segado ya la primera era e iban adelantados la cuadrilla de cinco segadores de Albacete al estar acostumbrados

a la siega por tierras de La Mancha, mi abuelo alabó la sana competición que mantenían pero del primero al último todos cobraban lo mismo pues todos se esforzaban y sudaban por igual como honrados trabajadores.

Dijoles entonces mi abuelo:

Mirad que estoy atento

a todo vuestro quehacer

que es para mí un placer

pues viéndolo quedo contento.

Satisfecho de vuestro buen hacer.

Todos cumplís con tino

Satisfechos con migas y buen vino.

Pues es mi mayor interés

veros segando y cantando

al tiempo que cosechando

los hatillos vais atando

y recogida dejáis la mies.

Y no os ha de menester cuidados

Cuantos necesitéis y bien mirados

os tendremos mientras estéis aquí

y ambos así sabremos que no os iréis para allí.

Y así reconfortados se pusieron a trabajar mientras cantaban. Avanzando en la era y llegado el mediodía sonando está la campana, todos a comer las migas que les traía mi madre al tiempo que echaban mano de la bota de vino con el que se deleitaban con sensatez. Y una vez comidos retornaban al trabajo hasta que caía el sol y ya no se veía.

Tras la cena y como hacia una noche apacible, acudieron todos, vecinos, trabajadores, y por supuesto la familia, todos sentados en el portal de la casa de los Morales, atraídos por el anuncio de que esa noche habría sesión de literatura, pues mi abuela tenía la costumbre de amenizar las noches a todos recitándoles romances como buena rapsoda y esa noche tocaba el ROMANCE DEL PRISIONERO el anónimo que empezó a recitar de esta manera: Que por mayo era, por mayo

cuando hace el calor,
cuando los trigos encañan
y están los campos en flor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor;
sino yo, triste, cuitado,
que vivo en esta prisión;
que ni sé cuando es de día
ni cuando las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba al albor.
Matómela un balletero,
dele Dios mal galardón.

Y así concluyó su recitación de este pequeño sorbo de buena poesía que los rudos campesinos tenían pocas ocasiones de poder oír y a no ser por mi abuela ni llegarían a conocer estas joyas de nuestras letras. Pero estaba embebida en ellas y tenía sabiduría

para dar y repartir.

Con esto se dieron todos las Buenas Noches y cada uno a su redil, que mañana será de día, dijo mi abuelo.

Por la mañana el primero en levantarse fue precisamente mi abuelo, con las luces de la aurora, y se dijo para sí: No dicen por ahí

que a quién madruga

Dios le ayuda.

No ha de ayudarme a mí

que veo una Aurora tan bella

esperando salga la estrella

que nos alumbra y nos calienta

en yéndose ya la noche lenta.

Vamos mujer, vamos hijos, vamos todos a levantarnos que llegando está el día y hemos todos que afrontarlo con una sonrisa de alegría.

Y en desayunando tú hijo, Francisco, ensíllame a Vendaval y ensilla también a la yegua Centella, que siendo blanca a de brillar a galope por los caminos, pues quiero vengas conmigo, los dos raudos a las eras pues hoy siendo Domingo quiero dar buen ejemplo y llegando las once de la mañana pienso dar fiesta a los segadores y que se vengan a su hogar a comer y disfrutar de la tarde libre de trabajo que es bueno que reposen para así mañana trabajar con más ganas.

Y luego tú y yo veloces en nuestras monturas cogeremos el camino de Carboneras por ver si podemos oír misa de doce, dando gracias a San Antonio y a la Virgen del Carmen por lo bien que nos ha ido, nos va y esperamos que nos vaya. Dijo el hijo: Padre, mucho alabo tu idea e intención y creo que la Virgen que nos ampara, más nos amparará al

vernos entrar por su iglesia. Vamos pues a pedir su bendición. Para que no nos deje nunca su protección. Sabias palabras hijo. Vamos pues.

Y habiendo oído misa y rezado a San Antonio y a la Virgen del Carmen. En saliendo de la iglesia dijo el padre al hijo: Ahora sólo nos falta ir a Almería a postrarnos ante su Patrona Nuestra Señora la Virgen del Mar; al acabar la cosecha iremos a ofrecérsela a la Virgen. Y embebidos en un mismo pensamiento regresaron raudos a su cortijo, pues a los dos les sonaban las tripas. Al llegar al hogar dijo Francisco a María: Mujer queda algo de comida, queda arroz con habichuelas y unas cuantas morcillas, y por postre una sandía, y estando ya más cerca de las cuatro que de las tres, la comida estaba fría, ahora mismo os la caliente, bien está dijo Francisco, han comido todos los demás, han comido y todos están echando la siesta, algo casi obligado a esas horas de la tarde en Almería, donde la calor se hace insoportable. Habiendo comido se fueron los dos Franciscos también a hacer la siesta cuando los demás de la casa no tardarían en levantarse y pasadas las seis de la tarde estaban todos levantados. Y salieron todos de la casa pues soplaba una fresca brisa, eso solía suceder por estar la provincia rodeada de litoral marítimo. Hablaban los padres con los abuelos maternos sobre el día pasado en Carboneras y hablaban los hermanos sobre lo mismo preguntándose a ver si otra vez nuestro padre me lleva a mí, o a mí, o a mí, respondían las tres mozas de la casa, aunque María y Josefa, ya estaban en edad de casarse y mi madre era todavía una niña de 14 años, pero ya había hecho la comunión en Gafarillos y anhelaba ir a visitar la Virgen de Carboneras y la Virgen del Mar, su padre la consoló prometiéndola llevarla. Y en esta tertulia, sentimientos y confesiones estaban cuando les llegó la hora de preparar la cena cosa que hicieron la madre y las dos hijas mayores; prepararon un poco de gazpacho acompañado de huevos fritos, patatas y pimientos fritos y chumbos frescos de postre.

Y en acabando de cenar, temprano aún aunque anocheciendo, salieron todos al portal pues querían escuchar a mi abuela María recitar, a ello también fueron viniendo los vecinos y también los segadores. A las buenas noches cuantos llegaban decían. A ver que nos va hoy a recitar tía María. Pues el ROMANCE DE ABENÁMAR respondió mi abuela. Pues vamos ya a empezar: -¡Abenámar, Abenámar, moro de la morería,

el día que tú naciste grandes señales había!

Estaba la mar en calma, la luna estaba crecida,

moro que en tal signo nace no debe decir mentira.

Allí respondiera el moro, bien oiréis lo que diría:

-Yo te lo diré, señor, aunque me cueste la vida,

porque soy hijo de un moro y una cristiana cautiva;

siendo yo niño y muchacho mi madre me lo decía

que mentira no dijese, que era grande villanía:

por tanto, pregunta, rey, que la verdad te diría.

-Yo te agradezco, Abenámar, aquesa tu cortesía.

¿Qué castillos son aquéllos? ¡Altos son y relucían!

-El Alhambra era, señor, y la otra la mezquita,

los otros los Alixares, labrados a maravilla.

El moro que los labraba cien doblas ganaba al día,

y el día que no los labra, otras tantas se perdía.

El otro es Generalife, huerta que par no tenía;

el otro Torres Bermejas, castillo de gran valía.

Allí habló el rey don Juan, bien oiréis lo que decía:

-Si tú quisieses, Granada, contigo me casaría;

daréte en arras y dote a Córdoba y a Sevilla.

-Casada soy, rey don Juan, casada soy, que no viuda;
el moro que a mí me tiene muy grande bien me quería.

Anónimo

Y tras esta lección de buena literatura se retiraron todos a dormir aquella noche. Pues mañana será de día. Si Dios quiere.

Con las primeras luces del alba estaban todos levantándose y yéndose cada uno a sus faenas, cuando llegó mi abuelo vio que la faena estaba muy adelantada en las tres semanas que estaban los segadores en sus campos, ya sólo quedaban dos eras que estaban un poco separadas y que probablemente estarían segadas en una semana con lo cual quedarían las tierras preparadas para la trilla y el arado y el resembrado. En eso estaban cuando al mediodía acabaron de segar la era en que estaban y se decían entre ellos: Ahora ya no nos sacáis tanta ventaja decían los béticos a los manchegos y estos respondían: Se ve que ya manejaís la hoz con mucha más costumbre y maestría que al principio. Comoquiera que acabaron la faena poco antes de las doce, y hasta la una no llegaría mi madre con las migas, les dijo mi abuelo: Sentaos y descansar esperando la comida que en comiendo, yo mismo os llevaré a las eras que están un poco separadas, mi capataz os guiará en adelante para que no os perdáis. Dicho esto llegó la comida, dijo el padre a su hija: Trae aquí las migas Anica, que yo también comeré unas pocas y así se hizo y no faltó comida pues siempre se traía de más, mi abuelo pedíóse la bota a un segador y echo un trago del refrescante vino. Y estando todos comidos y antes que les entrara el sopor tras la comida los encamino hasta las dos últimas y retiradas eras que, justamente acabaron de segar en una semana y aun estuvieron otras dos trillando y arando y dejando sembradas las tierras a la manera tradicional de entonces, con la ayuda

de los mulos aparejados y provistos con los aperos de labranza. Primero trillaban el trigo, separando el grano de la paja, luego araban la tierra y por último la dejaban sembrada cosa que terminaron un día hacia el mediodía. Comieron en el campo, se asearon y como el patrón los invito a que se quedaran allí esa noche, cenaron y como un resorte acudieron a escuchar a la tía María que tenía preparada una despedida para ellos. Voy a recitaros el ROMANCE SONAMBULO de Federico García Lorca

Verde que te quiero verde.

Verde viento. Verdes ramas.

El barco sobre la mar

y el caballo en la montaña.

Y tras esta primera estrofa recitales todo el romance y acabando fuerosé a dormir que mañana será de día, el día en que los segadores bienpagados, biencomidos, y biendormidos se vuelven para su tierra. Sin necesidad de madrugar y agradecidos por el trato recibido se dan la mano con la familia Morales mientras se despiden diciendo todos a una sola voz: “Con Dios”.

Y entonces el patriarca de la casa dijo: Vámonos todos a Almería a dar gracias a la Virgen del Mar por esta buena campaña. Fuerosé todos a La Venta del Pobre de donde salía un vetusto autocar de la época y en llegando a Almería fueron padres, hijos e hijas y abuelos, derechos a la Basílica Santuario de Nuestra Señora Virgen del Mar Patrona de todos los almerienses, y ante su altar le pidieron su bendición y protección y agradecieron sus venturas presentes y venideras. Con esto reconfortados se volvieron. Y en los años sucesivos tuvieron el mismo trasiego. Las hijas mayores conocieron a los hermanos Pedro y Salvador Triviño por las Fiestas de San Lorenzo en Gafarillos y no tardaron en casarse con ellos. Mi madre se casaría en 1947 con Francisco su vecino.

